

CINCO EJES ANALÍTICOS PARA COMPRENDER LA AMAZONIA ACTUAL

GERMÁN A. PALACIO CASTAÑEDA

RESUMEN

El valor de la Amazonia colombiana en la era de la globalización es un eje conflictivo en la relación de los habitantes de la región (indígenas y no indígenas) con las autoridades nacionales. La definición de sus potencialidades territoriales está todavía ligada a visiones prejuiciosas sobre la selva (peligrosa e indomable) y quienes viven en ella. El debate –como subraya este documento– va más allá de lo ecológico, implicando lo económico, social, cultural y político, como condicionantes del desarrollo y la conservación.

Este artículo presenta cinco ejes analíticos para comprender la Amazonia actual. El primero es regional: a pesar de que la región es simplificada, en numerosas ocasiones, como un gigantesco bioma indiferenciado, ha vivido un proceso de desdoblamiento económico y social en las últimas décadas, generando nuevas subregiones que requieren análisis específicos, con implicaciones diversas desde un punto de vista ambiental. El segundo es histórico y se refiere a la persistencia de la colonialidad: propongo dos elementos que caracterizan ese pasado que se prolonga hasta el presente –excentricidad y asincronía–. El tercero, es socio-político, bajo el cual propongo que la visión hegemónica sobre el conflicto armado colombiano tiene mucho que ver con la Amazonia, en la medida en que se fundó en un imaginario literario inspirado en las épocas de caucherías e inmortalizada por José Eustasio Rivera como ‘Violencia’, con mayúsculas. El cuarto es el eje de la mun-

dialización, con la inflexión actual del terrorismo como determinante clave para la comprensión de la Amazonia en el presente. Por último, propongo el eje ‘ecopolítico’ dentro de lo cual examino la ‘gobernanza’ mundial y el ordenamiento territorial en un contexto del desarrollo de parques y resguardos como una estrategia de apropiación del territorio amazónico, a la luz de los servicios ambientales y el manejo de la biodiversidad que, lejos de obedecer a fuerzas puramente nacionales, se enmarcan en un juego de actores transnacionales.

Desde un punto de vista espacio-temporal, la Amazonia tiene un lugar curioso, aunque secundario, en la conformación de la nación y del país. Después de haber sido abandonada desde fines del siglo XIX a caucheros, misioneros, corregidores y cónsules, (Zárate, 2008) el Estado debió rescatar su salida al

* Este documento se publica gracias al apoyo financiero de la Embajada de los Países Bajos.



FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG
EN COLOMBIA
– FESCOL –



Universidad de los Andes

Facultad de Administración



gtz

por encargo de



Cooperación Alemana al Desarrollo



río-mar en la segunda, tercera y cuarta década del siglo XX. El conato de guerra con Perú no sólo permitió lograr esta cabeza de playa en el Amazonas, a cambio de ceder en amplias aspiraciones territoriales que, de otra forma, serían exclusivamente peruanas y brasileñas, sino reforzar la colombianidad tan de capa caída por la pérdida de Panamá a comienzos del siglo XX. Un distinguido boyacense, Demetrio Salamanca, habría postulado, durante la segunda década del siglo XX, la idea de que estaría en juego una macroregión que debemos llamar hoy en día la Panamazonia. La idea espacial de que la región sur del país es parte de una región compartida por varias naciones me da pie

para iniciar esta reflexión, primero con el eje espacial, para pasar luego al eje temporal. (Palacio, 2006).

Nuestra ignorancia sobre una región que abarca casi el 34 por ciento del territorio del país es tan grande que se hace necesario contextualizar. En materia de desconocimiento, la Amazonia para los colombianos es, guardadas las diferencias, África subsahariana, una especie de agujero negro.

1. EJE REGIONAL: DIFERENCIACIÓN Y COMPLEJIDAD¹

Nuestra ignorancia sobre una región que abarca casi el 34 por ciento del territorio del país es tan grande que se hace necesario contextualizar. En materia de desconocimiento, la Amazonia para los colombianos es, guardadas las diferencias, África subsahariana, una especie de agujero negro. Ese vacío tiende a ser llenado por una indiferenciada masa boscosa, supuestamente virgen, y unas tribus indígenas, más idealizadas entre más se parezcan a los cazadores-recolectores. Desde el punto de vista académico esa dualidad tendió a ser llenada, de un lado, por biólogos; del otro, por antropólogos.

La Amazonia colombiana se ha venido configurando con enlaces particulares y diversos en las últimas décadas, lo que va generando una complejidad y diferenciación regional en modalidades renovadas. La región del Caquetá –como se le llamaba a la región amazónica–, que hasta comienzos del siglo XX podría ser fundamentalmente descrita en términos de etnias, empezó a ser ocupada por colonos provenientes de varios

departamentos, pero predominantemente de Huila y Tolima, para la formación del actual departamento de Caquetá, y de colonos de Nariño, para el actual departamento de Putumayo.

Además, ese piedemonte amazónico tiene unas características específicas que lo diferencian de la llanura. En el caso del Caquetá, debido a la colonización campesina, poco a poco se volvió una región parcialmente deforestada para la producción campesina y, en buena medida, ganadera. En el caso del Putumayo, la navegabilidad de su río lo convirtió en un territorio con potencialidades comerciales con países vecinos. Desde 1960, primero el petróleo y luego la coca, a pesar de los conflictos asociados a ambos recursos, le dieron un impulso económico insospechado. La carretera pavimentada puesta al servicio recientemente, que conecta en pocas horas a Neiva con Florencia y Mocoa, ha permitido la inclusión de esta subregión en proyectos económicos y políticos regionales asociados a los departamentos andinos del sur del país. El proyecto Iniciativa para la Integración Regional Suramericana (IIRSA), que busca conectar el Atlántico con el Pacífico y unir el interior suramericano con sus litorales, tiene en la ruta Belem do Pará-Tumaco uno de sus ejes, utilizando la hidrovía Amazonas-Putumayo para conectar con las carreteras de Putumayo y Nariño. Una parte del Caquetá y el Putumayo está, bien que mal, atada a las visiones convencionales de desarrollo y futuro del resto del país.

Las vías de comunicación jalonan la organización de los territorios, los cuales no dependen solamente de una configuración geográfica o ecosistémica. Al Guaviare, departamento de transición entre la Orinoquia y la Amazonia, llegaron los cultivos de coca con fuerza inusitada. Su capital, San José, está unida a la carretera pavimentada que la comunica con Villavicencio, una urbe mediana en expansión, la capital de los Llanos Orientales, a dos horas de Bogotá. Siendo una región de transición, en la parte de mayor predominio de suelos y ecosistemas orinocenses, eventualmente, a los gobiernos se les podría ocurrir que es una región para agrocombustibles.

El Guaviare, en estas condiciones, y a pesar de ser renombrada como la región de los nómadas en transición, los Nukak-Makú, es una región amazónica que tiene un porcentaje relativamente bajo de población indígena, no más del 10 por ciento y que, poco a poco, se ha puesto a gravitar en torno al departamento llanero del Meta. Sin desconocer su importancia, la presencia indígena es reinventada de modo que los nukak son idealizados e, inclusive, incorporados en los símbolos oficiales del departamento, mientras que los guayaberos son mal vistos y maltratados como pordioseros.

Entre un desarrollo 'a la llanera', una economía ilegal y unos indígenas con variado prestigio social se estremece el devenir contemporáneo del departamento. En este escenario, el contraste con Vaupés, Guainía y el norte del departamento de Amazonas es inconfundible.

En efecto, en estos departamentos los indígenas son mayorías absolutas, y conservan buena parte de las expresiones culturales propias más notables. A estas poblaciones se les deben reconocer sus derechos territoriales, no sólo por razones de justicia sino también porque representan la esperanza de conservar para el país y el mundo un conocimiento sofisticado del bosque. El proceso de ordenamiento territorial, a través de la constitución de las Entidades Territoriales Indígenas (ETI), tiene una importancia estratégica para la autonomía y fortalecimiento de esos pueblos indígenas.

Los efectos globales del cambio climático podrían generar nuevos acuerdos entre los agentes estatales y transnacionales de la conservación con los pueblos indígenas, en la medida en que reconvirtan los resguardos en áreas de protección especial. Por supuesto que estas alianzas pueden ser frágiles, pero no se puede desdeñar esta posibilidad. La reivindicación indígena podría ser empalmada con las eventuales ventajas derivadas de una cierta concepción ambiental.

A diferencia del norte del departamento del Amazonas, el Trapecio Amazónico es otro cuento. Allí Leticia ocupa una posición geoestratégica para Colombia en una fron-

tera triple con Brasil y Perú. Esta capital queda bastante desconectada del resto del territorio departamental marcado por los ríos Putumayo, Caquetá y Apaporis. En cierto sentido, por tener aeropuerto y recibir aviones comerciales, parece un barrio lejano de Bogotá, lo cual la hace, con sus cuarenta mil habitantes, más cosmopolita que muchas ciudades de Colombia. Ante el mal estado de la avioneta de la gobernación, a veces sólo es posible comunicarse en el departamento por medio de los vuelos de apoyo de las Fuerzas Armadas, o contratar viajes con una empresa comercial brasileña, que deja a los pasajeros en la frontera para que puedan después internarse por los ríos.

No obstante su comercio trinacional y su relación a través de Bogotá con otras regiones del país, Leticia y Puerto Nariño son los dos únicos municipios del departamento más grande de Colombia. Sus resguardos son, fundamentalmente, multiétnicos, aunque haya predominio demográfico ticuna. El paradigma de comunidades indígenas culturalmente homogéneas y de culturas ancestrales estables está muy lejos de la realidad. Se trata de pueblos que han sobrevivido conviviendo en siglos de contacto con sociedades comerciales y, no en pocas ocasiones, violentas. Su sentido de convivencia abierta es admirable y, de hecho, sus resguardos son multiétnicos, por regla general, y sería envidiable para cualquier democracia actual. A pesar de las circunstancias de aislamiento relativo con respecto al centro del país, Leticia y los 116 kilómetros colombianos sobre el río Amazonas tienen potenciales hoy marcados por el turismo eco-etno-académico.

El Parque Nacional Natural Amacayacu constituye un lugar de especial interés ecológico y turístico. El gobierno actual ha encontrado la forma de comercializar la zona de alojamientos del parque dentro de una de las

Los efectos globales del cambio climático podrían generar nuevos acuerdos entre los agentes estatales y transnacionales de la conservación con los pueblos indígenas, en la medida en que reconvirtan los resguardos en áreas de protección especial. Por supuesto que estas alianzas pueden ser frágiles, pero no se puede desdeñar esta posibilidad. La reivindicación indígena podría ser empalmada con las eventuales ventajas derivadas de una cierta concepción ambiental.

Sin rubor alguno, la Amazonia no es reportada en esa historia de Colombia sino hasta avanzado el siglo XX, cuando dos acontecimientos llamaron la atención de los colombianos desde su tercera década: el primero, literario –La Vorágine de José Eustasio Rivera– y el segundo, geopolítico –el conflicto con el Perú–.

tendencias generales de las políticas ambientales que apuntan a derribar las barreras a la comercialización de la naturaleza. (Cuadrado, 2007; Palacio, 2005). Los escasos recursos que transfiere el Estado central estaban conduciendo al completo deterioro de la infraestructura y, desde ese punto de vista, la privatización se presenta como un éxito, particularmente cuando incluye a turistas relativamente acomodados, clase media alta hacia arriba, pero tiende a excluir a los habitantes de la región sin recursos. El presente implica hacer una reflexión

de fondo sobre el camino que están tomando las políticas ambientales de un, por ahora, exitoso gobierno, que privilegia la seguridad y el comando empresarial en las zonas urbanas directamente conectadas al mercado mundial y al desarrollo ganadero en las zonas rurales.

Por último, los corregimientos departamentales viven en un limbo jurídico después de la Constitución de 1991 y de fallos del Consejo de Estado, de modo que su población mestiza ha quedado sin maneras de expresarse políticamente a nivel local y su derecho a la participación está conculcado.

Los departamentos amazónicos del piedemonte no son lo mismo que aquellos influenciados por los Llanos Orientales; ni es lo mismo la Amazonia, digamos, ‘profunda’ del Vaupés, el Guainía y el norte del departamento de Amazonas, que la región del Trapecio Amazónico. Tienen todas estas subregiones un desafío concreto a afrontar: lograr en un futuro integrarse, reconocerse y comunicarse entre sí, y no sólo con un centro alejado y distante de ellas. Construir relaciones directas entre distintas partes de la Amazonia es casi tan difícil como construir relaciones Sur-Sur. Varios de estos asuntos que afectan las opciones de sus futuros posibles y deseables pueden ser mejor dimensionados a través de un corto recorrido sobre su historia.

2. EJE HISTÓRICO: ELEMENTOS PARA RADICALIZAR LA CONCIENCIA DESCOLONIZADORA²

Una evaluación sobre las políticas y las opciones de la Amazonia no debe dejar de reparar en su historia. En el caso de la Amazonia colombiana, desde la época republicana, puede ser descrita a través de dos características que la hacen distinta a buena parte del país: excentricidad y asincronía. Brevemente, excentricidad, ya que la historia de Colombia tuvo como centro a la región andina y, en menor medida, a la Costa Caribe, conectándose por medio del río Magdalena. Sin rubor alguno, la Amazonia no es reportada en esa historia de Colombia sino hasta avanzado el siglo XX, cuando dos acontecimientos llamaron la atención de los colombianos desde su tercera década: el primero, literario –La Vorágine de José Eustasio Rivera– y el segundo, geopolítico –el conflicto con el Perú–.

Es también asincronía, ya que mientras que la Independencia ocurrió en el país después de la Conquista y la Colonia, en el caso de la Amazonia, la conquista y colonia ocurrieron después de la independencia del país³. Naturalmente, todas estas afirmaciones deben ser contextualizadas. Visto desde el lado lusitano, se puede afirmar que, en la época colonial, hubo una conexión más o menos fuerte al mercado mundial, sobre todo en el Gran Pará, por productos del bosque y especias. En contraste, la Amazonia española se mantuvo distante del proceso de encadenamiento a la metrópolis por varios factores. Primero, los españoles descuidaron su frontera ocupados en la defensa del Caribe, el norte de México y la frontera entre Brasil y los territorios del norte del río de La Plata; segundo, no encontraron productos especialmente rentables para hacer el esfuerzo de treparlos hacia sus centros más poblados y luego exportarlos; y tercero, los obstáculos geográficos fueron formidables y no contaron con la autopista fluvial que es el río Amazonas, controlado por los portugueses.

Por ello la Amazonia hispanoamericana, a lo más, fue enlazada a Europa por misioneros. No se trata de disminuir la impor-

tancia de este proceso de incrustación religiosa entre los selváticos y ribereños, pero sí de subrayar que, al menos en el caso colombiano, ya en 1795 las misiones habían fracasado y habían sido abandonadas, lo que con las guerras de Independencia generó un aislamiento institucional sólo frágilmente recompuesto a fines del siglo XIX o comienzos del siglo XX (Domínguez y Gómez, 1994).

Al igual que el resto del país, la Amazonia no escapó a la llamada ‘fiebre de tierra caliente’ desatada desde mediados del siglo XIX, cuando la globalización del mercado libre era promovida bajo el predominio inglés sobre el escenario mundial (Palacio, 2006). Desde 1865, las potencias europeas y los Estados Unidos de América habían logrado que Brasil aceptara la libre navegación por el Amazonas, como río de aguas internacionales. La teoría de las ventajas comparativas que promovía la exportación de productos de los países tropicales tocó la Amazonia, bajo una lógica extractiva, sin valor agregado. La quina, primero, y luego el caucho, figuraron en los primeros lugares de los productos con mayor rentabilidad. (Gómez y Domínguez, 1990; Zárate, 2002) La quina fue clave para la aventura expansionista europea en África, como medicamento para combatir la malaria, e hizo parte de la faceta colonizadora y militar de su expansión territorial. El caucho, en cambio, estuvo asociado al desarrollo industrial y de comunicaciones de Europa occidental y los Estados Unidos. La globalización del mercado libre y el capitalismo salvaje tocó a la Amazonia colombiana exportando ambos productos, pero ambos sufrieron los vaivenes de los ciclos de bonanza y depresión de la mayoría de los productos tropicales.

El caucho, en particular, dejó de ser enlazado por la economía nacional, primero por la desconexión regional generada por la Guerra de los Mil Días, y luego porque los empresarios colombianos, de los cuales el más célebre fue el presidente Rafael Reyes, cedieron, a las buenas o a las malas, sus aspiraciones ante el magnate peruano Julio César Arana a comienzos del siglo XX. Desde entonces, la conquista de la región, posterior a la independencia del país, cobró *momento*,

liderada por un exitoso y sanguinario empresario peruano.

El desinterés de las elites colombianas por la región del Caquetá, que era como se conocía en la época, no podía durar mucho después de la dolorosa experiencia de la secesión de Panamá. El Partido Conservador recuperó a la Iglesia como aliada del Estado, y las misiones capuchinas y consolatas debieron entonces cumplir las funciones que el raquítico y desvertebrado Estado no podía ejecutar. Fue así como se asentaron en tierras fronterizas del alto Putumayo, en Sibundoy y también en Florencia. En cambio, el acceso al río Amazonas no estaba garantizado, y el Estado colombiano debió concentrar sus energías diplomáticas para no perderlo para siempre.

En tortuosas negociaciones con Brasil, Ecuador y Perú, Colombia logró definir sus fronteras precariamente en la década de 1920. No obstante, sólo después de la refriega con tropas peruanas motivada en el asalto de los loretanos a la población de Leticia, en 1933, Colombia recuperó definitivamente el Trapecio Amazónico y la erigió en capital de la región. Una, hasta entonces, pintoresca aldea peruana fundada en 1867, cuyo nombre deriva de la novia de un militar peruano enamorado de la hija de un comandante americano que pasó por la región.

Las fuerzas globalizadoras desempeñaron un papel importante durante este período de una forma quizá, más trascendental, que el Estado nacional. Con las bonanzas de la quina y, sobre todo, del caucho, las conexiones ‘externas’ fueron más significativas que las fuerzas que intentaban integrar la región amazónica al país. Pero cuando Colombia recuperó el Trapecio Amazónico en la década de 1930, el país se estaba concentrando en la fase de industrialización por sustitución de importaciones, tratando de fortalecer el mercado interno, lo que, con el tiempo, condujo a la integración

Las fuerzas globalizadoras desempeñaron un papel importante durante este período de una forma quizá, más trascendental, que el Estado nacional. Con las bonanzas de la quina y, sobre todo, del caucho, las conexiones ‘externas’ fueron más significativas que las fuerzas que intentaban integrar la región amazónica al país.

A pesar de que la Amazonia como tal no era muy atractiva para los colombianos no amazónicos, el conflicto colombo-peruano abrió las puertas para que una parte de la población andina de tierra caliente llegara a la cuenca descendiendo por el piedemonte; en algunos casos, campesinos sin tierra patrocinados por el Estado, en otros, huyendo de las fuerzas sociales predominantes, retrógradas y violentas.

del triángulo andino central —Bogotá, Medellín y Cali— con la costa Caribe, Barranquilla principalmente. Después de algún entusiasmo patriótico, la Amazonia colombiana quedó abandonada a su suerte, en parches, mientras algunas instituciones, tales como la prisión de Araracuara, jugaron un papel importante en una región remota para la población y el Estado central. Otra institución que no puede ser desconocida u olvidada son las prefecturas religiosas católicas, a las que se les otorgó la facultad de administrar buena parte de estas regiones con la misión de civilizar a la población a través del viejo método de la educación en internados.

A pesar de que la Amazonia como tal no era muy atractiva para los colombianos no amazónicos, el conflicto colombo-peruano abrió las puertas para que una parte de la población andina de tierra caliente llegara a la cuenca descendiendo por el piedemonte; en algunos casos, campesinos sin tierra patrocinados por el Estado, en otros, huyendo de las fuerzas sociales predominantes, retrógradas y violentas. La así llamada 'Violencia', esa forma colombiana de llamar los conflictos sociales armados, atrajo la atención sobre la región y una cantidad importante de población emigró a la comisaría del Caquetá.

Esta metáfora que describe los cambios sociales se la debemos a Rivera, quien hizo famosa al comienzo de su novela la sentencia: «Jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia». Luego, los recursos petroleros del Putumayo influyeron para que los colombianos volvieran nuevamente a prestar atención a la región, aunque en un estilo de enclave colonial que, por regla general, no ha sido superado, a pesar del empuje descentralizador de fines de la década de 1980. No sería apropiado llamarla, como en el caso de las colonias europeas, de 'ultramar', sino, para ajustarla a nuestra realidad, sería más apropiado llamarlas de 'ultramonte'.

El espectáculo mediático de fines de 2007 y comienzos del 2008 sobreimpuesto a la crisis de los secuestrados y rehenes (dependiendo del caso), refuerza permanentemente la centralidad de la Amazonia y de la selva en el imaginario colombiano como guarida de terroristas, infierno verde y cárcel de las varias centenas de compatriotas retenidos en contra de su voluntad. Esto nos coloca ad portas de la dimensión socio-política.

3. EJE SOCIO-POLÍTICO

La Amazonia es una región compleja que debe ser reconocida en cualquier proceso de ordenamiento territorial. Está marcada por una historia de globalización. Está vaciada de Nación o, como diría una analista: es el «re-vés de la Nación» (Serje, 2005). Ha sido ex-céntrica para todos los países que comparten la cuenca amazónica, pero geográficamente es el corazón de Suramérica. El Trapecio Amazónico, por ejemplo, debe asumirse concientemente como una sociedad transfronteriza, ya que sus habitantes tienen más de una nacionalidad, o sus ancestros provienen de alguno de los otros tres países (Zárate, 2008). El sentido de límites y separación propio de la noción de frontera debe ser superado, no sólo a través de procesos decididos de integración sino también de eliminación de las marcas del choque entre civilización y barbarie con que se nutrieron las historias de buena parte de América desde los Estados Unidos y Canadá hasta Argentina.

Debería ser una región de integración suramericana. En vez de considerarse como un gigantesco bioma indiferenciado, debe ser vista como una región en un acelerado proceso de recomposición regional. Puede jugar un papel clave en la era post-Uribe, cuando los colombianos le concedan nuevamente la importancia que merece Suramérica.

El futuro no debe tomar en cuenta solamente esa complejidad llena de opciones, sino, a la vez, algunas amenazas. A diferencia de, por ejemplo, Brasil, no cuenta con unas fuerzas de desarrollo con sus macroproyectos, grandes cultivos que avanzan desde su frontera hacia el centro del bosque, ni megaciudades como Manaus, ni carreteras transamazónicas, por lo cual las fuerzas del desarrollo no han penetrado masivamente.

Los cambios notables del piedemonte amazónico colombiano han sido producto tanto del cambio social no programado como de planes estatales erráticos, inconsistentes y sin estrategia ni política global. Ese paisaje del piedemonte no ha cambiado sensiblemente por culpa del desarrollo sino por deformación del mismo y por el conflicto socio-político. No obstante, la subida de los precios del petróleo y la irrupción de la alternativa de los biocombustibles, junto con la expansión del cultivo de transgénicos (soya, maíz y otros) a gran escala, son alicientes para una deforestación que está generando en la Amazonia brasileña, Acre y Rondonia, y en la Amazonia boliviana, grandes quemas de impacto transnacional cuyos efectos ya se perciben en Leticia-Tabatinga en épocas de verano, forzando a cerrar los aeropuertos.

Este renovado empuje desarrollista, medianamente contenido durante los años noventa, revive otra visión sobre la Amazonia generada por los estragos del desarrollismo sobre los suelos amazónicos: el desierto rojo. Por ello se acentúa el peligro de que aquellos que siguen alucinados por el desarrollo, las ganancias y el enriquecimiento privado, desprecien las consideraciones culturales, sociales y ambientales necesarias para que las poblaciones amazónicas tengan las oportunidades de los demás colombianos sin dejar de ser lo que han llegado a ser. La declaratoria de inconstitucionalidad de la Ley Forestal de 2006, a través de la figura jurídica de 'vuelo forestal', con sus aspiraciones a quebrar los límites que imponen los resguardos a la explotación de los bosques, deja al descubierto la agenda de algunos grupos de interés incrustados en el Ministerio de Agricultura.

Dicho lo anterior, hay que reconocer que en la Amazonia también habita una proporción importante de población que ha llegado a esta región y que ha contribuido hacerla lo que es. No hay que dejar de reconocer los derechos de poblaciones de origen campesino que han expandido la frontera agropecuaria sin que, al mismo tiempo, se contribuya a redirigir estos cambios del paisaje con criterios de sostenibilidad social y ambiental. Estos grupos sociales son parte de la Amazonia y, con el debido respeto, hay que contar con ellos.

Sin una redefinición y re-educación sobre los impactos de la ganadería y, eventualmente, la agricultura, el futuro será problemático y más conflictivo de lo que es. Esto es especialmente cierto si los colombianos no hacemos lo suficiente para distinguir entre producción de coca para el consumo de las poblaciones locales y cocaína para los mercados urbanos. Si no somos lo suficientemente inteligentes para proteger y promover derivados benéficos de la coca. Tampoco cambiará sin ayudar a cambiar la nefasta política prohibicionista contra las drogas ilegales, que ha sido especialmente exitosa en generar violencia y fortalecer los aparatos armados oficiales, para-estatales y guerrilleros.

La región es compleja y heterogénea y ha llegado a generar importantes procesos de urbanización. Si sólo vemos la Amazonia como la selva virgen, ponemos en peligro la existencia de buena parte de esa selva. Florencia, Mocoa, Puerto Asís, San José del Guaviare, Leticia-Tabatinga y la conurbación de la orilla del Amazonas, requieren de una atención como lugares de acomodamiento de una población en expansión. También como una fuerza que empieza a determinar el futuro de su *hintherland*, de su selva y de sus bosquesinos. Sin una visión urbano-ambiental que piense ciudades que hacen parte del bosque húmedo, que tienen características diferentes a las ciudades que viven entre montañas, es difícil ser optimista sobre el futuro de la Amazonia.

Los procesos de fortalecimiento de la autonomía indígena pasan por aspectos político-administrativos de constitución de las Entidades Territoriales Indígenas. Ya hay ejemplos varios que muestran que esta senda puede ser exitosa. Ello implica comprender a estos pueblos de manera no esencialista, es decir, pueblos en cambio, y no como identidades étnicas estáticas. Es necesario hacer una revisión de las políticas y fallos de la Corte Cons-

La región es compleja y heterogénea y ha llegado a generar importantes procesos de urbanización. Si sólo vemos la Amazonia como la selva virgen, ponemos en peligro la existencia de buena parte de esa selva. Florencia, Mocoa, Puerto Asís, San José del Guaviare, Leticia-Tabatinga y la conurbación de la orilla del Amazonas, requieren de una atención como lugares de acomodamiento de una población en expansión.

titucional, de otras instancias judiciales y de asesores provenientes de ONG que están jugando en el corto plazo con herramientas legales maniqueas, y que interpretaron la Constitución en materia de diversidad étnica como si los indígenas no cambiaran, vaciándolos de historia. El así llamado ordenamiento territorial debe revisar con especial atención el papel de las reservas campesinas, resguardos y Entidades Territoriales Indígenas, así como atender a las ‘urbes de selva’, y reflexionar sobre las áreas de conservación en cuyo espacio, la gente que allí habita, sea vista no sólo como problema sino como solución.

Conseguir que la región amazónica garantice una mejor calidad de vida para sus ciudadanos es un objetivo refundido pero necesario para pensar un futuro mejor. Ello implica restablecer la integridad de las poblaciones que recurrentemente son estigmatizadas como delincuentes, por cultivar o procesar coca; como depredadores, por tumar monte; o como ‘aculturados’, por adaptarse a los arrasadores cambios socio-económicos de la época actual. Un tema que deberíamos catalogar como de justicia socio-ambiental.

Campesinos, urbanitas e indígenas deben reapropiarse de su futuro y el Estado colombiano debe incrementar sustancialmente sus inversiones en educación; es decir, que la inversión en capital social de la región sea uno de los caminos más importantes para promover cambios, en el largo plazo, que apunten a construir un futuro post-colonial. Esto es válido para la cooperación internacional. Los datos en este aspecto son dramáticos: pésimos resultados de los estudiantes en las pruebas del Icfes. No es menos grave la formación universitaria. Siendo la Amazonia un 34 por ciento del territorio nacional, cuenta con una sola universidad, en Florencia, dedicada a la formación y con poco desarrollo en investigación. La otra universidad de gran potencial, la Universidad Nacional de Colombia, en Leticia, cuyas directivas no logan liberarse de los lazos colonialistas,

mucho más preocupados por estaciones científicas en función de los investigadores del centro andino y de extranjeros, y por la publicación de los artículos de sus investigadores en revistas indexadas de países de habla inglesa, que en la formación del recurso humano de la región. Y, todo esto, a pesar del clamor de los pobladores locales y en contravía del sentir del cuerpo docente de la universidad, lo que prueba que la coloniali-

dad es un fenómeno resiliente, con efectos duraderos.

Por más fascinación que ejerza el bosque húmedo tropical entre biólogos, ecólogos y ambientalistas, no es conveniente separar los aspectos de cambio social, económico y cultural de los ambientales para superar, tanto las prácticas desarrollistas –vistas sólo como crecimiento económico y expansión de las ganancias privadas–, como las conservacionistas –cuyo efecto notable indirecto es despreocupación cuando no menosprecio por las necesidades y aspiraciones de las poblaciones de la región–.

Conseguir que la región amazónica garantice una mejor calidad de vida para sus ciudadanos es un objetivo refundido pero necesario para pensar un futuro mejor. Ello implica restablecer la integridad de las poblaciones que recurrentemente son estigmatizadas como delincuentes, por cultivar o procesar coca; como depredadores, por tumar monte; o como ‘aculturados’, por adaptarse a los arrasadores cambios socio-económicos de la época actual. Un tema que deberíamos catalogar como de justicia socio-ambiental.

Podríamos hacernos una mejor idea de la Amazonia colombiana si redefiniéramos las visiones que llegan de fuera de la región de modo que quepan las de sus propios habitantes. Tanto indígenas, como campesinos; tanto ribereños como bosquesinos; tanto urbanos como rurales. Por la certeza de que este país sólo puede mejorar reconociendo los imaginarios y aspiraciones de los otros y para que entre ellos y nosotros se tiendan unos hilos resistentes para superar una brecha espiritual.

4. EJE DE MUNDIALIZACIÓN: DE LA GLOBALIZACIÓN EN LA AMAZONIA A LA GLOBALIZACIÓN DE LA AMAZONIA

En este apartado voy a ilustrar la trayectoria del fenómeno de la crisis de globalización a que nos condujo la política antiterrorista de los Estados Unidos de América a raíz de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Distingo entre una globalización histórica y la globalización coyuntural de la era de Clinton. En esta fase los científicos socio-ambientales debimos detectar un cambio que

describo como el paso de la globalización *en* la Amazonia a la globalización *de* la Amazonia colombiana.

Hasta hace muy poco, la globalización gravitaba como un fenómeno externo a la región pero, probablemente por razones ambientales, se fue convirtiendo en un fenómeno interno. Esto también quiere decir que la Amazonia se ha globalizado, y que no es posible trazar políticas adecuadas sin incorporar esta dimensión espacial a las políticas regionales. Para trabajar este argumento debemos ser conscientes de la economía política de la globalización y, por tanto, del permanente e implícito juego entre lo económico y lo político. Luego hago una reflexión sobre el final de esta fase de globalización en el ámbito de poder fabricado por la lucha forjada por los recientes dispositivos sobre seguridad y terrorismo.

Existe acuerdo sobre la idea de que América Latina quedó conectada a la economía-mundo desde la época del intercambio colombino. No obstante, cuando esta afirmación es formulada sólo desde el punto de vista de la escala global, se genera un importante malentendido. Los españoles y los portugueses sólo conquistaron y colonizaron algunos territorios, apropiándose simbólicamente, es decir, en la cartografía, de extensos territorios. En consecuencia, los nuevos países se vieron abocados a la tarea de continuar esta apropiación del territorio. Para el siglo XIX muchas de estas áreas no quedaron vinculadas a la economía global y, en el caso de la Amazonia colombiana, tampoco estaban bien comunicadas con las instituciones y agentes de poder nacionales.

Un estado de autarquía era parte de la complejidad latinoamericana. La Amazonia y otras regiones fueron consideradas ideológicamente como espacios vacíos, desde un punto de vista geo-demográfico, y como baldíos pertenecientes al Estado, desde un punto de vista jurídico-político. Desde esta estructura es que se debe entender la división entre quienes argumentan que América Latina era una formación capitalista temprana después de 1492, y quienes enfatizan el carácter premoderno o precapitalista como distintivo de la formación social latinoamericana. Esta discusión fue detalla-

da y presentada en forma amplia por Steve Stern (1980).

Como se estableció anteriormente, la globalización implicó la conexión de la región como periferia de la semiperiferia, que era en ese entonces Europa dentro de un mundo sinocéntrico, al menos, hasta comienzos del siglo XIX (Frank, 1999). Al ser Latinoamérica una periferia fue, sin embargo, un elemento necesario en la constitución del sistema global. Latinoamérica y, en general, América, desempeñaron un rol fundamental en la creación del sistema-mundo moderno.

Latinoamérica se conectó a la economía global en posición subordinada como colonia en una variedad de dimensiones con fuerza globalizadora. Una de ellas fue la religión cristiana. Otra, al menos tan importante, fue bautizada por Alfred Crosby (1987) como el «intercambio colombino», que implicó una intensa interacción de elementos socio-biológicos, que incluían al mismo tiempo plantas, malas hierbas, animales, humanos, genes y enfermedades. El intercambio global implicó también intercambio cultural, imposición religiosa y sincretismo, subordinación política, intercambio intelectual, y transferencia tecnológica formando sucesivamente parte del intercambio global. Este autor plantea así la globalización ecológica: «Las simas de pangea se estaban acercando, entrecocidas por las agujas de los veleros. Los pollos se encontraron con los kiwis, el ganado vacuno con los canguros, los irlandeses conocieron las patatas, los comanches los caballos, los incas la viruela: todos, todo por vez primera» (Crosby, 1987: 149).

Las fuerzas globalizadoras desempeñaron un papel importante durante los siglos XIX y XX de una forma, quizá, más trascendental que el Estado nacional. Con las bonanzas de la quina y, sobre todo, del caucho, las conexiones externas fueron más significativas que las fuerzas que intentaban integrar la región

Hasta hace muy poco, la globalización gravitaba como un fenómeno externo a la región pero, probablemente por razones ambientales, se fue convirtiendo en un fenómeno interno. Esto también quiere decir que la Amazonia se ha globalizado, y que no es posible trazar políticas adecuadas sin incorporar esta dimensión espacial a las políticas regionales.

Los lazos globalizadores fueron renovados en la década de los ochenta con la bonanza cocalera acelerada, principalmente, por el consumo de drogas en los Estados Unidos, con lo cual la Amazonia recuperó el contacto globalizador de la época de cambio del siglo anterior y empezó a reconectar con el mundo, con sus vecinos y con el país, simultáneamente.

amazónica al país. La región amazónica colombiana recogió la reputación de El Dorado, que a los primeros exploradores españoles los condujo a descender desde los Andes, con las huestes de Francisco de Orellana, Pedro de Urzúa y otros, a fin de encontrar la desembocadura del Amazonas justo en la línea que, según el Tratado de Tordesillas, dividía las tierras de los monarcas de España y Portugal.

Posteriormente, de manera vigorosa, los portugueses se internaron río arriba, extrajeron especies y esclavizaron a los pobladores nativos (Hemming, 1995). También soñaron con El Dorado, mientras avanzaron y empujaron la frontera hacia los Andes. En la segunda parte del siglo XIX a todos estos colonizadores los movía el imaginario de El Dorado, al pensar que la Amazonia sería un emporio agrario sin igual. Una especie de Argentina tropical (Palacio, 2007). Se trataba de un error de cálculo del cual no se les puede culpar, ya que en aquella época poco se sabía de los ecosistemas amazónicos. Ese imaginario de riquezas amazónicas se fue diluyendo en el país en

medio de las constantes guerras civiles y la concentración de las energías nacionales en las cordilleras andinas de cultivadores de café. Colombia, desde entonces, se simplificó en la figura paisa de Juan Valdez.

Bajo la presión de la globalización se ha visto cuartear o derribar una parte de los pilares de los Estados naciones. Unos bajo la influencia de las corporaciones transnacionales, la presión de una potencia hegemónica o de entidades multilaterales. El caso del Estado colombiano, que como México y Centroamérica, ya gravita en la órbita de los Estados Unidos, es diferente a los países del Mercosur, con mayor autonomía regional, o a la Unión Europea, donde el debilitamiento de sus Estados se produce en función de razones estratégicas para responder al desafío norteamericano. La agenda europea de integración regional que antecedió a la glo-

balización se reafirmó e intensificó y redujo el papel de los Estados. Los Estados más frágiles económicamente, con muy pocas excepciones, son incapaces de resistir a las presiones de liberalización y apertura al mercado internacional. Lo que se vivió durante la década de 1990 no fue simplemente el resurgimiento de los lazos globalizadores, sino una redefinición de la importancia de escalas que destacan lo global y lo local y opacan, a la vez, la importancia de las escalas nacionales.

Bajo el proceso de reconocimiento y realce de la escala local, o regional, articulada a lo global fue que la globalización en la Amazonia se volvió globalización de la Amazonia. Pero eso requiere un corto repaso de esos dos momentos. Los lazos globalizadores fueron renovados en la década de los ochenta con la bonanza cocalera acelerada, principalmente, por el consumo de drogas en los Estados Unidos, con lo cual la Amazonia recuperó el contacto globalizador de la época de cambio del siglo anterior y empezó a reconectar con el mundo, con sus vecinos y con el país, simultáneamente.

Todavía se trataba de un proceso de globalización en la Amazonia. Sin embargo, a partir de la segunda fase de problemas ambientales de carácter internacional, en la misma década, empezó a cambiar el carácter de la globalización en la región: de ser una fuerza externa que arribaba a la floresta, acabó catapultando tanto a la floresta como a los indígenas como objetos globales en sí mismos. Veamos este proceso a través de tres aspectos que entroncan con lo ambiental: las riquezas no explotadas; el papel de la Amazonia en la estabilidad del clima global; y la redefinición de los nativos como ecologistas espontáneos.

Ligada a la idea de riquezas inexploradas está la de reservorio de biodiversidad por motivos del desarrollo biotecnológico, que le confiere a la Amazonia una estatura de interés mundial. Además de lo anterior, la conversión de la Amazonia en un objeto global de carácter ambiental proviene también de otra serie de versiones científicas, pseudocientíficas y jurídicas. El papel del gigante bioma amazónico como uno de los principales factores de estabilización o regulación del clima mun-

dial es, tal vez, indiscutible, mientras que la idea de que es el pulmón del mundo, como reza el aviso de recepción del aeropuerto de Leticia, es simplemente discutible, ya que se trata de un bosque maduro. En todo caso, los factores anteriormente mencionados generaron el interés de los países industrializados en proteger y preservar la Amazonia. Este intento cruza la definición de nuevas categorías jurídicas ambientales globalizadas, como la de 'herencia de la humanidad', versión que no cuenta con la complacencia de los países pertenecientes a la cuenca, ni con la de los pueblos nativos que la habitan.

El discurso ecológico también ha conferido un sentido particular a los pueblos nativos de la Amazonia. Los discursos ecológicos con tintes neorrománticos, surgidos de la crítica contracultural en Norteamérica en la época de la lucha contra la guerra en Vietnam, revalorizaron lo indígena y contrarrestaron una historia que tradicionalmente los consideró como caníbales y salvajes, deshaciendo los imaginarios difundidos por Hollywood en sus películas de indios y vaqueros. Igualmente, los trabajos arqueológicos y eco-antropológicos ataron la idea de que la conservación de la selva se debió a una estructura espiritual de los pueblos amazónicos o a una estrategia de adaptación debido a la pobreza de los suelos, la indeseabilidad del desarrollo convencional en las tierras amazónicas. Por ello, la tensión desarrollista y conservacionista es tan intensa en la Amazonia.

El tema de fondo es este: la Amazonia no es ya un asunto que le competa exclusivamente a un grupo de avezados empresarios; ni a un país que le apuesta al desarrollo, así tenga el argumento de generar bienestar a su población. En la concepción globalista hay territorios que afectan al planeta en su conjunto.

Y aunque el nodo más clave del imperio, los Estados Unidos, se embarcó en los últimos tiempos en la disputa por un recurso energético crucial, el regreso de la preocupación climática global atada al desarrollo, en el cénit del mandato de Bush, presagia un retorno de la cuestión ambiental en la agenda internacional. La disputa está conduciendo al cuestionamiento del modelo energético americano basado en el petróleo; el resurgimiento de aquel que creímos sepultado por

el fin de la Guerra Fría y las protestas ambientalistas, es decir, la cuestión nuclear; y otras dos fuentes energéticas emergentes: la basada en los agrocombustibles y la que, en general, han llamado energías alternativas, teniendo entre ellas la energía solar y la eólica.

Si la Amazonia se ha convertido en objeto global en sí misma, con lo cual la globalización dejó de ser un agente externo y se convirtió en una fuerza dentro de la misma región que se proyectó como un objeto mundial, estos dos ámbitos de la globalización, *en y de* la Amazonia, siguen operando simultáneamente, y no es que uno de ellos haya sustituido al otro. El ejemplo actual que más resalta de la globalización en la Amazonia colombiana está asociado a la siembra de coca, jalónada por el apetente mercado de los Estados Unidos. En ese contexto, narcotraficantes y organizaciones guerrilleras hacen parte de los agentes involucrados en esta fase de globalización. Por esta vía, el consumo mundial de drogas ilegales y el conflicto armado colombiano están acentuando el imaginario infernal sobre la Amazonia, que convive con lo edénico y con El Dorado. Esto me da pie para entrar al quinto eje analítico.

5. EJE ECO-POLÍTICO

Al ser la Amazonia una de las últimas fronteras de expansión del agrocapialismo, en Colombia, antes que soya transgénica o agrocombustibles, se ha convertido en escenario privilegiado del cultivo de coca y, en consecuencia, en un territorio de presencia de agentes no estatales o paraestatales, al tiempo que escenario de fumigaciones realizadas por el Estado colombiano y patrocinadas por los Estados Unidos. Como consecuencia, se ha generado un espacio semántico ambiguo de reivindicaciones legítimas de las poblaciones campesinas empujadas por la violencia hacia esta frontera, estigmatizadas por los discursos dominantes como censurables narcotraficantes y guerrilleros que, como ya sabemos, desde el 11 de septiembre de 2001, se han converti-

El papel del gigante bioma amazónico como uno de los principales factores de estabilización o regulación del clima mundial es, tal vez, indiscutible, mientras que la idea de que es el pulmón del mundo, como reza el aviso de recepción del aeropuerto de Leticia, es simplemente discutible, ya que se trata de un bosque maduro.

Al ser la Amazonia una de las últimas fronteras de expansión del agrocapitalismo, en Colombia, antes que soya transgénica o agrocombustibles, se ha convertido en escenario privilegiado del cultivo de coca y, en consecuencia, en un territorio de presencia de agentes no estatales o paraestatales, al tiempo que escenario de fumigaciones realizadas por el Estado colombiano y patrocinadas por los Estados Unidos.

do en terroristas. Antes de discutir si el terrorismo significa el fin de la onda globalizadora de los años noventa, revisemos algunos aspectos centrales de la relación entre lo supranacional y lo subnacional en la Amazonia.

El 9/11 cuestionó la dinámica optimista y el sueño feliz abierto desde finales de la década de 1980, con la caída del muro de Berlín, la desintegración de la Unión Soviética y la ampliación de la rentabilidad del capital basada en las nuevas tecnologías. La quiebra de la globalización, presentada como un fenómeno de ampliación del comercio y las finanzas, apoyada en la innovación tecnológica, sepultó también al movimiento antiglobalizador cambiando la lógica de los conflictos mundiales. La construcción del imperio se debatía en el dilema institucional no resuelto entre, por un lado, el modelo de gobierno mundial de Naciones Unidas que requería reforma y, de otro, el modelo basado en la dominación militar abanderada por el aparato militar y su estructura industrial satélite de los Estados Unidos de América.

Mientras que la globalización de la era Clinton subrayaba los aspectos del libre comercio mundial, la fase terrorista realza los aspectos político-militares de la 'gobernanza' mundial. Desde la creación del mercado mundial, los barcos de guerra han acompañado y protegido el comercio. En esta fase terrorista, los aviones y barcos de guerra encabezan las caravanas comerciales y reestructuran los negocios internacionales, particularmente desde la guerra de Irak. La Amazonia no escapa a esta situación pero el Estado recurre a un arsenal variado de justificaciones que considero ecológicas.

La globalización que implicaba erosión de la soberanía implicaba simultáneamente expansión de la 'gobernanza' mundial, es decir, presencia de formas transnacionalizadas de

poder para el control territorial: como el Estado reconocía su debilidad estructural, empezaba a combinar formas viejas, pero renovadas, y nuevas formas de apropiación y control de territorio tras las cuales agentes o instituciones de forma nacional se respaldarían. En su combate contra las fuerzas guerrilleras, las amalgamó real o semánticamente con el narcotráfico, ya que los Estados Unidos habían diseñado una política que permitiera combatir a este enemigo lejos de sus propias fronteras.

Se habló de la lucha antidrogas en la fuente, es decir, en los países productores, alejando de su territorio interno lo más crudo de esta acción judicial, policíaca y militar. Al Estado colombiano le cayó como anillo al dedo la idea del narcoterrorismo y consiguió una crucial financiación de los Estados Unidos, conocida en sus comienzos como Plan Colombia, luego Plan Patriota y Plan Victoria. Pero como esos planes implicaron fumigaciones, incluidas algunas en zonas de frontera, tuvo que responder a las críticas ambientales con la idea muy poco sustentada de que la siembra de coca y su transformación constituía un verdadero ecocidio. El caso de Ecuador es el más elocuente.

En este camino reforzó otros dos mecanismos institucionales de apropiación del territorio amazónico, vistos con buenos ojos por la comunidad internacional. En primer lugar, los parques y las zonas protegidas por razones ecológicas, que acabó incluyendo a los resguardos. Aunque el proceso de creación de parques y resguardos en la Amazonia colombiana inició a mediados de la década de 1970, por razones ecológicas y etno-sociales, que tienen como referente las formas de organización política supranacional que llamo 'gobernanza', los últimos seis años, el gobierno del presidente Uribe los ha atado a su estrategia de seguridad democrática, que es la lucha frontal contra la guerrilla de las Farc y por la reinstitucionalización de las fuerzas paramilitares. Esta política aspira a convertir las áreas protegidas, en su sentido más amplio, que incluye a los resguardos amazónicos, en aliado frente a la expansión territorial guerrillera en la Amazonia.

Por esta y otra razón clave de carácter económico, que no es del caso expandir en este

artículo, el gobierno del presidente Uribe inició su mandato reestructurando el Ministerio del Ambiente, de modo que lograra articular la política de parques y otras áreas protegidas a la estrategia general de su plan de combate a la guerrilla, que llamó Doctrina de Seguridad Democrática. Trató de mostrar cómo los guerrilleros, reconvertidos en narcotraficantes, utilizan los parques para sus crímenes internacionales. No obstante, esta política no estuvo exenta de controversias y contradicciones. Cuando quiso fumigar los parques, siguiendo la hoja de ruta del Plan Colombia, se encontró con un ultimátum de la Unión Europea en el sentido de suspender la financiación a los parques nacionales que el Estado mismo era incapaz o no tenía voluntad política de financiar. Se trataba de un dilema práctico sobre recursos internacionales que provenían, unos del hemisferio y otros del Viejo Continente, en particular del gobierno de Holanda.

Debió entonces buscar alternativas, al menos parciales, a la situación, sin renunciar a los fondos europeos. De un lado, aceptó a regañadientes la erradicación manual, sin renunciar a las fumigaciones. Algunos de sus vecinos empezaron a protestar, particularmente Ecuador, cuyos pobladores fronterizos se convirtieron en las víctimas del cumplimiento del compromiso con el gobierno de los Estados Unidos. Pero la resistencia en los parques los forzó a probar una estrategia de privatización de los servicios turísticos que ofrecen los parques, como experimento de solución a la dependencia de la financiación europea.

El Ministerio del Medio Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial, como se rebautizó, no se contentó con romper el esquema tradicional de los parques, que separaba naturaleza y sociedad, haciendo que los parques sean un santuario natural sin gente, sino que continuó desarrollando la propuesta estratégica de ‘parques con la gente’, como recomiendan ahora las grandes y poderosas ONG ambientalistas con cuarteles generales en Estados Unidos y Europa, sino que radicalizó su propuesta colocando a los resguardos en la agenda ampliada de áreas protegidas –no exactamente parques–. Si en los años noventa, asesores indigenistas percibían

a los parques como una forma institucional que socavaba los resguardos, y denunciaban la creación de nuevos parques y los ‘traslapes’ como parte de ese atentado a la propiedad colectiva de los indígenas, la nueva política ambiental trataba de mostrar que no había contradicciones de fondo y que las coincidencias en su protección eran más importantes que las eventuales y menores contradicciones.

Para el gobierno no ha dejado de ser el precio a pagar, a regañadientes, cuando otros ministerios, por ejemplo, el de Agricultura, que es un ministerio de ‘desarrollo’, denunció que los indígenas en Colombia ya poseen más del 20 por ciento de las tierras del país. En un intento de ‘sacarle la comba al palo’ promovió una nueva ley forestal, apoyado por la Ministra de Ambiente de ese entonces, que intentó a través de la figura jurídica del ‘vuelo forestal’ resolver el problema de que los indígenas deben ser consultados en los proyectos de desarrollo que sean promovidos en sus territorios.

Desafortunadamente, la prisa excesiva, la avidez y la avaricia, los hizo cometer el error de no consultar el texto con los pueblos indígenas y la Corte Constitucional acabó echando por tierra la ley que, en todo caso, expresa la intención de intereses madereros nacionales y extranjeros.

REFLEXIONES FINALES

De los ejes aquí presentados quisiera extraer conclusiones variadas: primero, frente al eje de la diversidad y heterogeneidad regional, hay que reconocer que los problemas ambientales y sus soluciones ya no pueden ser homogéneas sino que deben comprender y responder a procesos de diferenciación regional, generados en los procesos de culturales de poblamiento y en la transformación material del paisaje. En un extremo, el departamento del Caquetá es ya,

Si en los años noventa, asesores indigenistas percibían a los parques como una forma institucional que socavaba los resguardos, y denunciaban la creación de nuevos parques y los ‘traslapes’ como parte de ese atentado a la propiedad colectiva de los indígenas, la nueva política ambiental trataba de mostrar que no había contradicciones de fondo y que las coincidencias en su protección eran más importantes que las eventuales y menores contradicciones.

El carácter fronterizo de la Amazonia debe ser redefinido más allá, o en contra, de las nociones convencionales. Contra la idea de frontera límite o separación de gentes de distintas nacionalidades fieles a un Estado; y contra la idea del conflicto entre civilización y barbarie, debemos pensar en regiones fronterizas, lugares de encuentro de diversidad.

en buena parte, ganadero, y no basta que los ecologistas se rasguen las vestiduras: medidas específicas de educación ambiental y desarrollo sostenible deben estar a la orden del día para conservar lo que sea necesario, limitar la ganaderización, recuperar lo recuperable y promover la identidad regional amazónica de una región que mira hacia los Andes. En el otro extremo, el Vaupés, Guanía y el norte del Amazonas son territorios definitivamente indígenas y el gobierno nacional y la 'gobernanza' transnacional harían bien apoyando las formas de bienestar y gobierno propio derivadas de sus convivencia ancestral con

la selva. La recomendación es soluciones variadas a regiones diversas: incluidos, no sólo indígenas sino también urbanitas, colonos-campesinos, bosquesinos y ribereños.

Del eje histórico derivo la siguiente conclusión: el proceso de descolonización no ha terminado. Para que ello ocurra es necesario fortalecer las capacidades regionales en diversas áreas pero, particularmente, fortaleciendo la formación de recurso humano orgulloso de su procedencia amazónica, por nacimiento o por adopción, para que avance por la senda de la sustitución de importaciones de ideas y que se coloque en la senda exportadora, no para imponer las ideas sino para aportarlas al país. La colonialidad es un fenómeno resiliente

en un país que luchó contra la dominación colonial hace dos siglos y que debería haber dejado atrás el colonialismo.

Sin desconocer los derechos de pueblos indígenas, el proceso de poblamiento, apropiación y transformación simbólica y material del paisaje amazónico nos ha conducido a una región en permanente y acelerada transformación donde la variedad social y productiva debe ser reconocida, y, donde sea necesario reencauzada, de modo que sean visibles y convertidos en verdaderos interlocutores socio-políticos pescadores, mestizos bosquesinos, campesinos cocaleros, pequeños comerciantes, sin prestar suficiente aten-

ción a la específica experiencia urbana amazónica.

El carácter fronterizo de la Amazonia debe ser redefinido más allá, o en contra, de las nociones convencionales. Contra la idea de frontera límite o separación de gentes de distintas nacionalidades fieles a un Estado; y contra la idea del conflicto entre civilización y barbarie, debemos pensar en regiones fronterizas, lugares de encuentro de diversidad. ¿De qué otro modo podemos pensar adecuadamente en ecosistemas que no conocen estas divisiones? De este modo, tal vez podríamos liberarnos de la idea de atraso de estas regiones colocándonos en el derrotero del futuro, que sin desconocerlo, no se debe centrar en el crecimiento económico.

La gente de la Amazonia debería tener más participación en las decisiones tomadas desde el gobierno central, con apoyo de organismos de radio de acción transnacional, en lo que se quiere hacer con sus áreas protegidas. Porque lo cierto es que se trata de un desconocimiento de los derechos de participación que parecieron tan reconocidos en la década de los noventa, como están siendo vulnerados por la política de Seguridad Democrática que los amarró a una estrategia militar. En medio de los dilemas del Estado en este asunto, su política de privatización de los mismos debería hacer claro, no sólo en normas que sólo conocen sus funcionarios, que esos parques son también para la gente local y no para el jet-set de la globalización, es decir, turistas adinerados o científicos bien patrocinados por los grandes jugadores de la ciencia al servicio del capitalismo. El limbo jurídico de los corregimientos departamentales es otra grave vulneración de los derechos de participación de las comunidades locales.

Cuando en 1924 José Eustasio Rivera (1997) publicó *La Vorágine*, gracias a su éxito editorial, no tardó en regarse por el país la idea de que la selva amazónica era un infierno verde. Los colombianos no terminaban de «tragarse el sapo» de haber perdido a Panamá, y se daban cuenta que lo mismo ocurría en buena parte del territorio amazónico, que nunca realmente habían poseído. La Amazonia como tal no era muy atractiva para los colombianos no amazónicos, sin embargo,

paradójicamente, abrió las puertas para que buena parte de la población llegara a la cuenca descendiendo por el piedemonte, en algunos casos campesinos sin tierra patrocinados por el Estado, en otros, huyendo de las fuerzas sociales más retrógradas. La así llamada 'Violencia', la forma colombiana de llamar los conflictos sociales armados, atrajo la atención sobre la región y una cantidad importante de población emigró a la comarca del Caquetá. El proceso de ocupación de la región amazónica no ha terminado pero hoy cruza por el más carnicero combate para controlar las fronteras. La sociedad transnacional que la conforma está viviendo los estragos de un conflicto armado que pretende cobijarse en el manto estratégico del terrorismo. Ensimismado en su propio conflicto, el país, en vez de construir alianzas y amistades fronterizas, se está embarcando en guerras preventivas marcadas por la arrogancia militarista de sus impulsores y su desprecio por la soberanía de otros estados, montado tanto en la ira colombiana contra un, hasta hace poco, exitoso y autista aparato militar insurgente, como con el paraguas envalentonador de su patrocinador: el gobierno actual de los Estados Unidos.

BIBLIOGRAFÍA

- Coetze, J. M. (2007). *Diario de un mal año*. Random House-Mandadori, Barcelona.
- Crosby, Alfred (1987). *El imperialismo ecológico*.
- Frank, André Gunder (1999). *Re-Orient*.
- Domínguez, Camilo y Augusto Gómez (1990). *La economía extractiva en la Amazonia colombiana...* Tropenbos-Corporación Araraucua, Bogotá.
- Domínguez y Gómez, (1994). *Nación y etnias. La construcción del territorio en el siglo XIX*. Coama-Disloque, Ed., Bogotá.
- Hemming, (1995). *Amazon Frontier. The Defeat of the Brazilian Indians*. MacMillan Publications, Londres.
- Palacio (2006). *Fiebre de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia*. Unal-Amazonia-ILSA, Bogotá.
- Palacio, (2006). «Globalización en la Amazonia y globalización de la Amazonia», en Oscar Almario y Miguel Ángel Ruiz, *Escenarios de refección. Las ciencias sociales y humanas a debate*. UNAL-Medellín, Medellín.
- Palacio (2007): «Amazonia: complejidad, imaginarios y opciones de futuro», en *Amazonia desde dentro*. UNAL-Amazonia, 2007.
- Rivera, José Eustasio (1997). *La Vorágine*. El Áncora Editores, Bogotá.
- Serje, Margarita (2005). *El revés de la Nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Uniandes-Ceso, Bogotá.
- Steve Stern (1980). «Feudalism, Capitalism and the World System in the Perspective of Latin America and the Caribbean», *American Historical Review*, 93, pp. 829-872.
- Carlos Zárate, (2002). *La extracción de quina*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Sede Leticia.
- Zárate, Carlos (2008). *Silvícolas, siringueros y agentes estatales. Surgimiento de una sociedad transfronteriza en la Amazonia de Brasil, Perú y Colombia, 1880-1932*. UNAL-Amazonia, Bogotá (próximo a aparecer).

NOTAS

- 1 Elementos en este sentido fueron anticipados en Palacio (2007).
- 2 Elementos de esto se encuentran en Palacio (2007).
- 3 Idea de Juan A. Echeverri, en conversación con el autor de este artículo.

POLICY PAPERS

Nº 23. LOS TERRITORIOS INDÍGENAS TRASLAPADOS CON ÁREAS DEL SISTEMA DE PARQUES NACIONALES NATURALES EN LA AMAZONIA COLOMBIANA: SITUACIÓN ACTUAL Y PERSPECTIVAS

La legislación relacionada con el Sistema de Parques Nacionales Naturales no ha logrado clarificar y resolver los conflictos derivados de la presencia humana en las áreas del sistema, ni de la existencia misma de dos legislaciones: la nacional y la indígena. Por lo tanto, la propiedad, usos y restricciones de amplios territorios están ligados a la negociación de las partes en cuanto a la articulación y la adecuación de la normatividad vigente, en beneficio de las comunidades que habitan las áreas traslapadas y del conjunto de la nación.

Nº 22. LA MESA PERMANENTE DE COORDINACIÓN INTERADMINISTRATIVA: UNA EXPERIENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DE ENTIDADES TERRITORIALES INDÍGENAS

Desde la promulgación de la Constitución de 1991 las comunidades indígenas del Amazonas han encontrado vías para la implementación de propuestas autónomas de desarrollo territorial, basadas en elementos tradicionales de autoridad y administración, así como en la legislación nacional existente. En este proceso, dos elementos han jugado un papel clave: la educación y la interlocución entre iguales con el Estado, dando como resultado la Mesa Permanente de Coordinación Interadministrativa, una experiencia ejemplar de desarrollo comunitario.

Nº 21. TERRITORIO SOCIAL Y TERRITORIO NATURAL: REFLEXIONES SOBRE LA INTERCULTURALIDAD EN UN ÁREA SUPERPUESTA

La construcción de un ordenamiento territorial armónico en la Amazonia pasa, indispensablemente, por la consolidación de buenas relaciones sociales, que permitan a las autoridades ambientales y a las comunidades indígenas comprender y aprehender de sus respectivas visiones y conocimientos sobre el territorio, hacerlas compatibles y sentar las bases de una concepción vital y social de las áreas protegidas y habitadas, como se propone en este documento. Sólo así se podrá avanzar en la conservación y, sobre todo, en la reproducción de las formas de vida que conforman este ecosistema.

Nº 20. INSTITUCIONALIDAD AMBIENTAL DEL DISTRITO CAPITAL

Referirse a la institucionalidad ambiental del Distrito exige plantearse la gobernabilidad de las entidades distritales del nivel central, descentralizado y local; los alcances de la reestructuración; la necesidad o no de avanzar en nuevos esfuerzos de descentralización y desconcentración; las causas y soluciones al deficiente funcionamiento de las instancias e instrumentos de coordinación, específicamente del Sistema Nacional Ambiental (SINA) y del Sistema Ambiental Distrital (SIAC), las que se plasman principalmente en los fallidos intentos de articulación y en carencias en las inversiones ambientales.

EL PRESENTE DOCUMENTO FUE ELABORADO POR GERMÁN A. PALACIO CASTAÑEDA,
PROFESOR TITULAR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA.

EL FORO NACIONAL AMBIENTAL ES UNA ALIANZA ENTRE ECOFONDO, LA FUNDACIÓN ALEJANDRO ÁNGEL ESCOBAR, LA FRIEDRICH EBERT STIFTUNG EN COLOMBIA -FESCOL, LA FUNDACIÓN NATURA, GTZ -PROGRAMA AMBIENTAL, TROPENBOS INTERNACIONAL COLOMBIA, LA WWF COLOMBIA Y LA FACULTAD DE ADMINISTRACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, QUE INICIÓ SUS ACTIVIDADES EN 1997, COMO UNA INSTANCIA DE CARÁCTER PERMANENTE. EL FORO ES UN ESPACIO PARA LA REFLEXIÓN QUE BUSCA LA INTEGRACIÓN DE LA DIMENSIÓN AMBIENTAL A LAS POLÍTICAS DE DESARROLLO EN COLOMBIA.

CONSEJO DIRECTIVO: CAMILA BOTERO, MARTHA CÁRDENAS, FRANCISCO CANAL, RAFAEL COLMENARES, ELSA MATILDE ESCOBAR, XIMENA BARRERA, CARLOS RODRÍGUEZ, MANUEL RODRÍGUEZ BECERRA (PRESIDENTE).

LAS IDEAS EXPRESADAS EN ESTE DOCUMENTO NO COMPROMETEN A LAS INSTITUCIONES QUE HACEN PARTE DE ESTE PROYECTO.